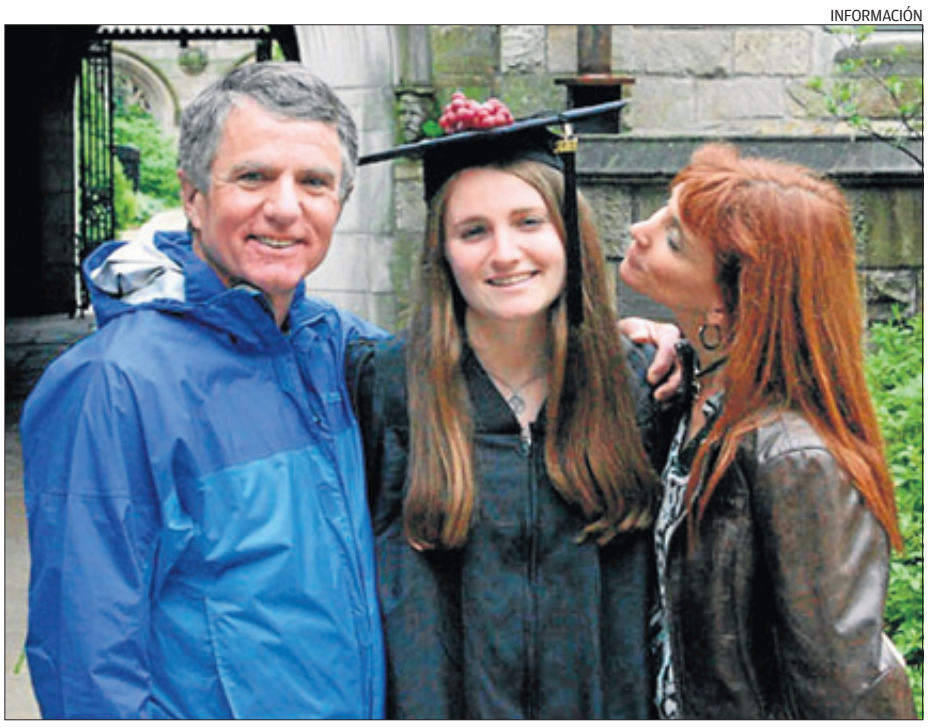
Hacer que todo suceda

Si Marina Keegan no hubiese muerto de manera tan repentina y trágica, es muy probable que *Lo contrario de la soledad* no se hubiera publicado

POR **ÓSCAR MORA**

INFORMACIÓN



La escritora Marina Keegan con sus padres, el día de su graduación.

■ Marina Keegan se encontraba en mayo de 2012 cumpliendo un exacto destino literario. Se acababa de licenciar «magna cum laude» en Humanidades por la Universidad de Yale, había trabajado con uno de los popes de la literatura mundial, Harold Bloom, sus obras de teatro se representaban en los círculos más selectos, y ya tenía un puesto de trabajo esperándole en la más prestigiosa de las revistas literarias, The New Yorker. En ese momento, cinco días después de la graduación, sufrió un accidente de coche y su vida se apagó instantáneamente. Con tan sólo 23 años, su producción literaria era muy corta, pero también muy prometedora. Su familia y profesores decidieron reunir sus cuentos y ensayos en *Lo contrario de la soledad*, que es el texto que ejerce como prólogo y que se convirtió en viral a las pocas horas de la muerte de Keegan. Se trata del discurso que dio el día de su graduación, lleno de optimismo, ingenuidad y vitalidad.

Empecemos por lo más difícil: si Marina Keegan no hubiese muerto de manera tan repentina y trágica, es muy probable que este libro no se hubiera publicado y, en el caso de que hubiese visto la luz, no habría tenido la repercusión que ha tenido. Es completamente imposible iniciar la lectura, después de un emotivo prólogo de su familia y una de sus profesoras, sin tener en cuenta el dato de su trágica muerte, que se va repitiendo como un Pepito Grillo y martillea la lectura: cada vez que la autora hace un canto a la juventud, a la potencia aterradora de la era global en la que vivimos o en sus ficciones algún personaje –inevitablemente jóvenes y desorientados como la propia Keegan– un halo helado rodea el texto y nos remite a un coche destrozado en una cuneta. El ansia por aprovechar la vida que destilan muchos de los textos impide al lector caer en la complacencia o desarrollar un sentimiento de pérdida.

Los relatos de este libro se enmarcan dentro de un costumbrismo americano teñido por el ambiente naïf que aporta una autora con un potente imaginario

Si se supera esta primera resistencia, los textos que quedan nos enseñan la potencia de una brillante narradora. Es inútil hablar de influencias, proyecciones o carrera literaria. *Lo contrario de la soledad* alberga la paradoja de ser un libro vitalista, con narraciones y textos que animan a exprimir toda la potencialidad de nuestras cortas vidas, y a la vez es un texto que se cierra en sí mismo, de resultas de la imposibilidad de que la promesa de gran narradora se materialice. Los relatos de este libro se enmarcan dentro de un costumbrismo americano teñido por el ambiente naïf que aporta una escritora con un imaginario de gran potencia, pero todavía inmaduro. *Lo contrario de la soledad* se mueve dentro de los escenarios en los que un hecho azaroso lo cambia todo por completo. Keegan parecía obsesionada por todo lo que no podemos controlar, por todo lo que vemos venir e inevitablemente configurará nuestro destino. Desconozco si hay más textos, y esta selección se ha hecho ex profeso con los cuentos y artículos que inciden en esta faceta. En todo caso, el libro queda como testimonio de que toda la potencia, belleza, y capacidad que podamos desarrollar tiene que ser lanzada hacia el universo, como propone el último de los textos, antes de que nos arrepintamos, antes de que sea demasiado tarde, antes de que, cito a la autora, ya no estemos a tiempo de «hacer que algo ocurra en el mundo».

MARINA KEEGAN
Lo contrario de la soledad
▶Editorial Alpha Decay. 203 págs. 19,90 euros

Catorce bocados exquisitos

Javier Carro ofrece en *Mojados de azul* un volumen de relatos meditado, trabajado y escrito con un gran dominio de la técnica literaria

POR **JOSÉ PAYÁ BELTRÁN**

■ Hace algunos veranos me engañaron. Yo fui uno de tantos miles (o quizás millones, porque la estafa fue de órdago) que picó, compró y comenzó a leer una novela que cierta editorial de prestigio (Alfaguara, ¿por qué ir con contemplaciones?) había anunciado como una genialidad. Un fiasco y una auténtica tomadura de pelo y de cuartos: la terminé a salto de mata y la metí en una caja que precinté. Desde entonces decidí, tácitamente, no fiarme de los genios que salen a espuertas, casi cada mes, y que tienen menos de treinta años. ¿A qué viene todo esto?, se habrá preguntado el improbable lector de este artículo. Es simplemente para recordar que la edad de los escritores es una cualidad a tener en cuenta y que, por muy bueno que pueda ser un autor de menos de treinta años, tengo mis dudas de que pueda ser mejor que uno de cincuenta o sesenta o, como sucede con Javier Carro, setenta años. Entre otras razones porque para escribir bien, para hacerlo notablemente –no basta con tener en el caletre una buena historia: lo importante es saber plasmarla tal y como esa historia requiere y exige–, para escribir de un modo excelente hay que haber leído mucho. Y Javier Carro ha leído mucho.

Lo primero que llama la atención ya desde la primera página es que estamos no ante una obra menor –como cualquier despistado puede pensar tratándose de una colección de cuentos–, sino ante un volumen meditado, trabajado y escrito con un gusto excelente y una riqueza de vocabulario y un dominio de la técnica literaria que únicamente se puede conseguir tras muchas y muy intensas lecturas. Porque, al fin y al cabo, el buen escritor solo lo es en la medida en que también es buen lector. Por cada página escrita ha de haber detrás miles de páginas leídas.

Los catorce relatos que propone Javier Carro (gallego afincado en Alicante desde tiempo ha) se leen con el placer y con el gusto del que saborea un vino añejo y asentado, o degusta bocados de platos bien condimentados. De las páginas del libro se desprende la sensación de paciencia y reposo (uno de los relatos, por cierto, está fechado en 1973; y suponemos que habrá sido corregido un sinnúmero de veces), del trabajo realizado con el esmero con que el artesano prudente y meticuloso pule y lima cada detalle por pequeño que este pueda parecer. Hay historias para todos los gustos: vidas que discurren apaciblemente, sorpresas finales, crímenes que nunca serán resueltos, fragmentos de existencia que nos dejan con ganas de saber más, iniciaciones a la madurez, algo de mala lecha y mucho de sensibilidad, fallecimientos anunciados. El «azul» del título es el del cielo de los relatos, el del mar que discurre por una prosa excelsa y magistral, el del color de los ojos de algunas protagonistas femeninas que son heroínas accidentales. *La cripta* –con un final que nos deja en suspenso y nos dibuja una sonrisa en el rostro, *El suspenso* –en el que asistimos a la iniciación sexual de un adolescente–, *Contornos* –donde el viaje de una pareja es la metafóra de su relación tortuosa– o el delicado (y nuestro favorito) *Una rama florida de manzano* –con el que se inicia el volumen y marca la tónica cadenciosa, rica en matices, en que va a discurrir el resto del libro, sin los exabruptos de la juventud ni la precipitación que encontramos en la literatura que se vende, pero que no convence–; estos son algunos de los títulos del volumen que Javier Carro nos ofrece.

Si consideran que la lectura no solo debe divertir –que también–, sino enriquecer, *Mojados de azul* es el volumen que andaban buscando y que la editorial alicantina Agua Clara nos pone ante los ojos para nuestro placer y para hacer más llevaderos los calores estivales.

JAVIER CARRO
Mojados de azul
▶Ed. Aguaclara, Alicante, 170 pág. 12 euro

INFORMACIÓN

Javier Carro y Luis Bonmatí, de Aguaclara.